

Este llanto no sorprendió á Jorge Fontaine ; no podía chocarle , justificado por el afecto fraternal que, como él, sentía por Morlain.

Además, duró muy poco , porque fué un momento de debilidad. Muy pronto se repuso, se enjugó los ojos, y levantándose de la butaca en donde estaba sentada, exclamó:

— Sí; no me equivoco. En la vida de Pedro hay un secreto , un misterio , un.... amor. Ahora que me fijo, recuerdo mil de-

talles.... Hace mucho tiempo que nuestro amigo andaba preocupado, distraído.... Yo atribuía este cambio á otras razones, pero me equivoqué. Cuando le teníamos entre nosotros, su pensamiento estaba lejos, acariciando á una mujer amada... Pero, ¿quién es ella? ¿He aquí lo que precisa saber para salvarle á su pesar, por medio de ella ó sin su concurso! ¿No tienes tú algún indicio? ¿Jamás te hizo alguna confidencia?

—No; replicó Jorge (pero como si un pensamiento le asaltara, rectificó, diciendo): es decir, hace tres meses, poco más ó menos.... Sí, para ella debía ser.

—¿El qué?

—Nada; no te lo puedo decir.

—¿Volvemos á empezar?.... Me figuré (exclamó Lucía con impaciencia) que habías renunciado á tratarme como á una niña.

—Son detalles inútiles....

—Ninguno lo es en estos momentos. El más insignificante en la apariencia puede ponernos sobre la pista de la verdad que buscamos. Jorge, yo te lo ruego; no me ocultes nada. Piensa que se trata de nuestro único amigo, de un hermano del alma,

de un hombre á quien debemos todo lo que somos.

—Pues bien: un día me dijo que acababa de alquilar un hotelito en uno de los barrios extremos, que deseaba amueblarlo, y temía dirigirse á su tapicero. Me pidió las señas del nuestro, y me rogó que le recomendase á él, dándole un nombre supuesto. No pude contenerme, y, curioso, le hice algunas preguntas; pero comprendí que era indiscreto, y desistí de mi propósito.

—¿Y bajo qué nombre le recomendaste?

—El caso es que no me acuerdo: le dí el primero que se me ocurrió; uno de esos nombres vulgarísimos, que á fuerza de oírlos por todas partes son los primeros que se nos vienen á las mientes.

—¿Cuál se te ocurre en este momento? Dilo en seguida, y sin reflexionar.

—Renaud.

—Pues bien: ese fué.

—Es posible.

—De todos modos, esto tiene poca importancia; el tapicero te lo dirá.

—¡Ah! ¿tú quieres?....

—Sin duda; lo primero que nos hace

falta saber es dónde está el hotel en cuestión.

—¿Para qué? Ahora estará vacío, porque, si no nos equivocamos, la que acudía á él... ya no tiene motivo para frecuentarlo.

—¿Quién sabe? ¿No puede suceder que ignore la prisión de nuestro amigo Pedro?

—En todo París no se habla de otra cosa.

—¡Oh! ¡Todo París!... Aunque así sea, al saber que ha sido preso, habrá pensado: «es un error; mañana estará en libertad,» é impulsada por la inquietud, ansiosa por saber de nuestro amigo, acudirá mañana á la casa cuyo camino conoce tan bien.

—¡Bueno! De todas maneras llegará, y al ver la casa desierta....

—Si precisamente lo que hace falta es que no lo esté.... Debe creer que Pedro está dentro, y al entrar encontrarse contigo.

—¡Conmigo!

—¡Pues está claro! Así puedes hablarle, y de esa suerte combináis la manera de salvar á Pedro. ¡Ah! Si yo estuviera en su lugar....

—¿Qué harías?

—Ya hubiese ido á ver al Juez de instruc-

ción: no consentiría que un inocente fuese acusado de un crimen tan horrendo.... ¡Ah, si yo pudiera!.... ¿Por qué dejar para mañana lo que podemos hacer hoy? Podías ir á ver al tapicero esta noche; pedirle las señas del hotel, y.... te las dará, es indudable.

—Pero no me proporcionará medio para entrar en una casa en donde él no tiene nada que ver....

—¿Quién sabe? Por de pronto, sepamos esa dirección. Luego.... ya veremos cómo nos arreglamos.... Aún no son más que las ocho, y tenemos de tiempo hasta las nueve.

—¿Hasta las nueve? ¿Por ventura crees?....

—Me has dicho que ayer pasaron la noche juntos....; quizás quedaran citados para hoy.... Acaso sus citas sean cotidianas,—concluyó Lucía en voz baja, dando un suspiro.

Estuvo unos instantes silenciosa; se pasó la mano por la frente como para desechiar un pensamiento desagradable, y prosiguió:

—Hace poco me dijiste que todo París tenía ya noticias de la prisión de Morlain.

¿Á qué llamas tú todo París? Á los asiduos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no 1625 MONTERREY, MEXICO

de los casinos, entre los cuales las noticias circulan con rapidez prodigiosa; á la gente, en fin, que por curiosidad ó por sus negocios compra los periódicos de la tarde. Esto no es todo París. En la mayoría de las casas, los sucesos extraordinarios no se saben hasta el día siguiente.... En la de esa mujer, quizá no conocen al señor de Morlain. ¿Por qué han de hablar de él? Si no fuera amigo nuestro, ¿hubieras tú venido á contarme un acontecimiento que no me interesaba? Hasta hubiera podido suceder que te hubieras quedado á comer en el Casino, y entonces ni por casualidad hubiera llegado á mis oídos un asunto que tanto nos importa. Finalmente: tengo el presentimiento de que esta noche irá esa mujer adonde acostumbra. Vamos en casa del tapicero. Anda, te acompaño.

—¿Pero pretendes?...

—Te esperaré en el coche mientras hablas con él; no quiero que me vea.

—Así y todo...

—Tampoco pretendo entrar en la casa si nos dan las señas. Harto sé que no es ese mi puesto. Pero entre tanto, hablaremos y resolveremos lo que convenga.

—¡Pero si no has comido aún!

—¿Y qué importa? ¿Por ventura nuestro pobre amigo comerá tranquilo en la prefectura? ¡Infeliz! ¡Cuánto debe sufrir! ¡Ser acusado de asesinato él, que es tan bueno, tan cariñoso, tan amante de ejercer el bien, y que lo ejerce tan discreta y noblemente!

Lucía llamó al criado para que fuese á buscar un coche de alquiler. Éste no se hizo esperar, y los dos hermanos partieron juntos.

XVI.

Mientras el coche recorría el trayecto desde la calle de Prony al *Faubourg Saint-Honoré*, Lucía Fontaine fué dando instrucciones á su hermano. Éste había adquirido la costumbre de dejarse guiar por ella, cuyo talento se le imponía, y satisfecho por esta sumisión á su compañera á quien había visto nacer, y de la cual nunca se había separado, la escuchaba atentamente.

Llegaron en casa del tapicero X.; el coche se detuvo, y Jorge entró solo en el elegante almacén.

El señor X. se apresuró á salir al encuentro de un cliente que compraba sin regatear y pagaba con generosidad de artista.

—¡Oh, señor Fontaine! ¿Á qué debo el honor de verle en esta casa?

—Vengo á ver si me puede V. sacar de un apuro, —repuso Jorge sonriendo.

—Si está en mi mano.... ¿De qué se trata?

—Uno de mis amigos que tuvo que marchar á Londres precipitadamente, me escribe pidiéndome un documento que dejó olvidado. Me pide que se lo mande sin perder un instante, y me indica el mueble donde está; pero es el caso que no me dice las señas de su hotel, creyendo que las sé, y se equivoca, porque si bien es verdad que le veo con mucha frecuencia, no lo es menos que ignoro el número de su casa. Me acordé que cuando la amuebló le recomendé á V. como hombre de gusto y de conciencia. Es uno que vino con una carta mía....

—¡Ah! Sí, el señor Renaud, ¿no es ese?

—Precisamente, Renaud, mi amigo Renaud. ¿Pero dónde diablos vive?

—Boulevard Pereire, á la derecha del

boulevard de Malesherbes y de la plaza Wagram.

—Precisamente; ¡ya decía yo!

—Me dió la dirección de su casa, y se me había olvidado. Es el hotel número....

—Cincuenta y cinco duplicado.

—Muchas gracias. No sabe V. del apuro que me saca, porque de otro modo no hubiera podido cumplir con mi amigo Renaud. Vaya, buenas noches.

—Pero, ¿cómo va V. á hacer para entrar en la casa?—dijo el tapicero, al ver que Jorge se disponía á marchar.

—Llamaré. Si los criados no me conocen, y no quieren dejarme entrar, les enseñaré la carta de su amo. Precisamente la llevo encima.

—¡Pues no ha tenido V. poca suerte con venir á buscarme!—dijo el industrial sonriendo.

—¿Por qué?

—Porque se hubiera V. dado un paseo inútilmente. Por las noches no hay ningún criado en el hotel. Todas las mañanas una criada sube á hacer la limpieza, y se marcha hasta el día siguiente. Como su amigo de V. viaja mucho, me rogó que me en-

cargase de pagar al casero, las contribuciones, á la Compañía del gas; todo, en fin: hago sus veces. Por eso estoy tan enterado.

—¡Toma! Por eso él me dice al concluir la carta: diríjase V. al señor.... no sé cuántos, porque el nombre es indescifrable. Era sin duda á V. á quien había de dirigirme. Vea V. cómo la suerte me ha favorecido...; pero es tarde, y el documento ha de salir en el correo de hoy. Sí me hace V. el favor de decirme la manera de entrar en casa de mi amigo esta noche....

—Nada más fácil. Le daré á V. una llave que tengo yo para cuando el señor Renaud tiene que pedirme algún objeto desde fuera.

—¿Y será V. tan amable que me dé esa llave?....

—¡Pues no faltaba más! ¿No está V. autorizado?

—Sin duda. Lea V. la carta.

Y así diciendo, sacó una del bolsillo, la primera que le vino á la mano, seguro de que el tapicero no había de querer leerla.

Pocos momentos después recibió la llave deseada, y, disponiéndose á partir, saludó al industrial, diciéndole:

—Mañana se la traeré á V.

—Cuando V. quiera, señor Fontaine.

Jorge se reunió con su hermana, y mandó al cochero que los condujera á la calle de Prony.

—Todo se confirma (dijo Lucía, cuando Jorge le contó la conversación que había tenido con el tapicero): no ha lugar á dudas. Las precauciones tomadas por Pedro para ocultar su personalidad, todos esos misterios que le rodean, demuestran que se trata de una mujer del gran mundo, que tiene en mucho su reputación. Por lo tanto, persisto en mi idea. Es menester advertirla, hacerle conocer el peligro de nuestro amigo; quizás no lo ve ó no lo quiere ver. Por eso nos corresponde, mejor dicho, te corresponde á ti decirle: «V. no puede dejar hundirse bajo el peso de una acusación odiosa á un hombre amado y que la ama. Quiere sacrificarse. ¿Será V. capaz de consentirlo? Las declaraciones de V. es verdad que pueden comprometerla; pero, no haciéndolas, un inocente será deshonrado, y quizás perderá la vida.» Todo esto has de decirle, hermano mío. Y á menos que tenga el alma de piedra, acabarás por convencerla.